

Conexión Alteris

Clara Levin

Ilustración de cubierta de Carlus Rodríguez

loqueleg

Jana solo sacudía la cabeza y no encontraba respuestas para los adultos que la rodeaban. Un paramédico le vendaba las heridas y otro miraba con desconcierto. Lloviznaba.

El choque había ocurrido durante el pico de la tormenta. El auto estaba en la banquina, detrás del camión, con el capó abollado y el paragolpes partido al medio, en el suelo. El conductor del camión se refregaba los ojos como loco mientras juraba que había habido una mujer al volante y un hombre de copiloto.

—El impacto coincidió con un relámpago. Yo los vi iluminados por el destello. Ahí sentados —repetía una y otra vez—. ¡Estaban!

Jana empezó a temblar y la arroparon con una manta isotérmica.

Al llegar la ambulancia, los paramédicos habían

hallado al camionero alterado pero ileso y, en el asiento trasero del coche, a una chica de guardapolvo escolar con cortes en los brazos y una lesión en la cabeza que había resultado en amnesia parcial. Hasta allí, se trataba de un lamentable accidente de tránsito de los que sucedían seguido; lo insólito era que la menor se encontrara sola en el vehículo. Según el camionero, los adultos que viajaban con ella se habían “esfumado” en el tiempo en que él había llamado al servicio de emergencias y corrido a prestarles auxilio. Ahora no quedaba rastro de ellos dentro del coche ni tampoco pisadas en el barro de la banquina. Por si fuera poco, la cerradura del vehículo estaba trabada y la llave seguía en el arranque.

En el hospital, Jana Jensen tampoco recuperó la memoria del pasado. Recordaba las tablas de multiplicar, datos de historia y geografía, la solución al cubo de Rubik, pero carecía de todo registro de las maniobras previas al accidente, de adónde se dirigía o de con quiénes viajaba. Los rostros de sus padres habían desaparecido de su mente y hasta su propio nombre le resultaba ajeno. Descubrieron su identidad con un hisopado de ADN.

Para peor, no acudieron parientes a reclamarla. Cuando una asistente social ya firmaba los papeles del alta para llevarla a un hogar de acogida, se presentaron la señora Petra y el señor Quis. Ellos afirmaron trabajar en el Instituto de Investigaciones Tecnológicas Altas Cumbres con los señores Jensen y habitar el mismo complejo de apartamentos; tenían unos contratos laborales para probarlo. Abrazaron fuerte a Jana y la señora le trenzó el cabello. La chica los miraba sin reconocerlos, temblando.

No era rutinario entregar a una menor de ese modo, pero ningún aspecto del caso lo era. Ante tanta incógnita, la Defensoría de Menores especuló que, así como los padres se habían perdido, podrían retornar, y los lugares de trabajo y vivienda parecían los más propicios para la reaparición. Además, siendo estos científicos, era posible que sus mentes lógicas hubieran priorizado experimentos en lugar de vínculos afectivos. Así pues, se consideró apropiado conferir a la señora Petra y el señor Quis la custodia interina de Jana.

Tres semanas más tarde, unos nubarrones renegridos enlutaban la ventana de la cocina de la señora Petra.

—¡El segundo juego de llaves! No pierdes la cabeza porque la tienes pegada —resopló la vecina.

Un rictus de disgusto desplazó la amabilidad con que acababa de ponderarle la reparación del barómetro (a Jana le resultaba fácil hacer esas cosas) y pasó de la gratitud al enfado como un circuito del apagado al encendido.

“Todos los chicos perdían cosas, no era algo de otro mundo”, pensó Jana. Ciertamente era que en el tiempo que llevaba hospedada allí, había perdido otras llaves y una compra de la pescadería, pero la aguda decepción de la señora Petra se remontaba a pérdidas que no eran estrictamente culpa suya: su “amnesia retrógrada” y, sobre todo, el extravío de sus padres en el choque. La policía había realizado incontables pesquisas sin localizar a Jon y Naomi Jensen; estaban perplejos, frustrados. Y los vecinos habían comenzado a tratar a Jana con creciente desconfianza, como si sospechasen que fuera ella la responsable, de puro descuidada. La interrogaban: “¿Recordaste algo?”, “¿Qué hacías en

el momento de la colisión?”, “¿Cuándo bajaron del vehículo? ¡Piensa, niña!”, con un afán de ayudar lindero al enojo. Ahora la señora Petra aludía a todas esas pérdidas. Jana esquivó su mirada furibunda.

El cielo gruñó. El barómetro recién reparado emitió un bip y su parlante se encendió para que el servicio meteorológico anunciase que en la próxima semana, sobre el cierre de la temporada de lluvias de Somburgo, habría precipitaciones de niveles inalcanzados. La vecina se tensó aún más; se paseó por la cocina con la boca tirante y los brazos en jarra, dejando entrever la fina trenza que asomaba en la base de su cabello corto y se ocultaba bajo el cuello de la camisa.

La chaqueta de Jana estaba desplegada sobre la mesa del desayuno, con los bolsillos vaciados y los contenidos apilados a un lado. Había un candado digital, la credencial del Instituto Altas Cumbres, un curioso amuleto de piedra con el engarce oxidado que se había desprendido del collar de Gabor y varias pavadas más, excepto las llaves. La mujer volteó, nerviosa, y les pasó la vista por encima, sin prestar atención. Jana aprovechó para impulsar el

amuleto hacia su falda con un disimulado barrido del brazo. (Si la vecina le confiscaba todo, al menos retendría el último hallazgo).

—¿Tienes idea de dónde puedes haberlas dejado? Habrá que cambiar los códigos de acceso del edificio. El juego era especial, tenía un localizador —resopló, contrariada, y agregó rápidamente—: para cuidarte, querida.

La chica asintió, guardando la piedra en un bolsillo del jean. Gabor, el wist que estaba debajo de la mesa, se incorporó y pegó el hocico al bolsillo con un interés sobrenatural. El animal era una cruce piloto entre gata y perro, creado en un laboratorio del instituto. Sus descendientes, que ya circulaban en el mercado de mascotas somburguense, eran una versión perfeccionada de la especie. Le presionó la trufa contra los dedos, haciéndole cosquillas, y por poco la hace reír.

—Podrían haberse caído mientras iba en bici —balbuceó—. Quizás olvidé... cerrar las cremalleras de la chaqueta.

—Pierdes todo. Olvidas todo. ¡Esto debe parar!
—La señora Petra alzó la voz hasta casi gritar. Se aferró al borde de la mesa, la boca se le puso

tirante y sus ojos grises se asemejaron a un paredón penitenciario.

Gabor se escabulló entre las patas de las sillas. Jana había olvidado qué era un enojo razonable pero sospechaba que este no lo era.

—Perdón —musitó, bajando la vista.

Entonces la vecina cambió: como activada por un resorte, corrió alrededor de la mesa. Tropezó con el wist, que gimió, pero ella no se mosqueó. Tomó las manos de la chica y su rostro volvió a ser compasivo como cuando la había retirado del hospital.

—Jana, Jana —susurró—. Ha sido un día largo. Ya recordarás y encontrarás todo lo perdido. Mañana será otro día...

Telefoneó al encargado del edificio para informarlo, luego encendió el mediaflujo y una música alegre tiñó el aire de la cocina. Preparó pinchos de tofu con croquetas de brócoli que, le informó, eran sus comidas favoritas. Jana arrugó la nariz pero comió sin chistar. La señora Petra se deshizo en gentilezas hasta que cayó la noche.

Jana se cubrió con el edredón en el sofá-cama de la habitación de huéspedes. El wist subió de un salto y se ovilló a su lado. En las semanas que llevaban conviviendo, Gabor le había demostrado un compañerismo a prueba de sus descuidos y de los retos que desataban en la señora Petra. Ella le peinó los estirados bigotes y le rascó el pelaje que era, por partes, corto, herencia de su madre gata, y, por mechones, largo y rizado, como el de su padre caniche. Gabor ronroneó. Ella lo imitó y aspiró su olor, deseando que la mascota le perteneciese. La vecina se acercó por el pasillo.

—Buenas noches, Jana —dijo, con voz meliflua, al apagar la luz de la habitación—. ¿Gaborcito? —llamó.

El wist orientó sus pequeñas orejas felinas hacia la puerta, sin inmutarse.

—¿No podrá quedarse conmigo? —dijo la chica.

Más tarde, cuando Jana empezaba a cabecear, el wist salió disparado hacia la entrada del apartamento, gruñendo y ladrullando. Ella reconoció la voz del señor Quis y se espabiló.

—Calla. No me saltes —retó al wist, mientras apoyaba el portafolios en el suelo y colgaba el sobretodo y el sombrero.

Era un hombre alto, que usaba trajes ceñidos; tenía el cabello albino y ojos tan claros que parecían agua helada sobre un lecho de piedra. Él y la mujer conversaron mientras se movían por el apartamento. A oídos de Jana llegaban palabras ininteligibles, como en otro idioma; sin embargo, el tono de la señora Petra le sobró para deducir que se quejaba.

Los pasos se acercaron a la habitación de huéspedes, acompañados como los robots del Instituto Altas Cumbres, y se detuvieron en el umbral de la puerta. Jana espió entre las pestañas. La lámpara del pasillo los iluminaba desde arriba, haciendo que sus rostros parecieran de porcelana y el cabello y cejas albinas del señor brillaran como calcomanías fluorescentes.

—¿Duerme? —preguntó él en una voz ya comprensible.

—Es probable —susurró ella.

—¿Recuperó la memoria?

—Negativo.

El hombre albino asintió con la cabeza varias veces. Ella agregó:

—Nada acá, nada en el instituto. Estamos ante las últimas lluvias. Ahora sin localizador.

—Comprendido. Se acorta el tiempo, la ventana va a cerrarse, pero seguimos el protocolo. Jamás *le* fallamos. Lo verás: regresaremos a Alteris con la misión cumplida.

La chica contuvo la respiración. ¿De quién hablaban con tal respeto, sin nombrar? ¿De la doctora Yoni, máxima autoridad del instituto, o de su padre, Jon Jensen? ¿Dónde era Alteris? Y ¿habría un plazo para recobrar la memoria? Quizás aquella ventana, fuese cual fuere, se acababa mañana mismo, y ella perdería para siempre la posibilidad de algo.

Médicos, vecinos, policías, asistentes sociales sabían más acerca de sus circunstancias que Jana misma, y todos hablaban un poco en clave. Mientras tanto, ella se movía por las calles de Somburgo con un mapa y deseaba tener otro para orientarse consigo misma, porque su propia cara en el espejo era un territorio desconocido.

El señor Quis y la señora Petra se alejaron, comentando el pronóstico del clima. Jana practicó un ejercicio de memoria que le había indicado el médico: trató de figurarse a su madre, imaginándose a sí misma más alta, con el pelo por los hombros y las caderas más anchas. Pero ninguna imagen

le aceleraba el pulso; estaba segura de que no se parecían a la verdadera.

Sonaron truenos. Las nubes chocaban, vibraban los edificios y Jana se estremecía; aún no caían las gotas. La temporada de lluvias de Somburgo podría llamarse también temporada de truenos, porque eran tan comunes las tormentas de agua como las de estruendos secos y expectantes. La chica razonó que deberían resultarle familiares en vez de alarmarla, pero no pudo dejar de fantasear que si estuvieran Naomi y Jon Jensen, ella correría a refugiarse en su cama. Se deslizó al sueño rogando que el día siguiente trajera lluvia al cielo y, a ella, a sus padres.